

# VIERNES SANTO

## SERMON 2º DE LA PASION DE CRISTO NUESTRO SEÑOR<sup>1</sup>

*"Nosotros tenemos una ley, y según la ley debe morir, porque se ha hecho Hijo de Dios"* Juan 19,7

1.- Este es el tiempo en el que en Egipto no hubo quien no llorase con muchas lágrimas la muerte de algún primogénito. Celebramos hoy el soberano sacrificio del Cordero sin mancilla, Jesucristo, nuestro Redentor, y cada uno debe ponerse la mano en el pecho, porque siempre hallará en él pecados, por los que ha de llorar, ya que hoy murió la flor de Israel. Y es que en todas las casas encontraremos algún primogénito que ha muerto, y es menester llorarlo y sentirlo. Y como siempre solemos pedir el favor de la gracia para hablar bien, hoy debemos pedirlo no sólo para hablar bien, sino también para sentir la Pasión de Cristo. Y puesto que es norma de prudencia el acudir a por el remedio, adonde sabemos que podemos encontrarlo, ¿quién mejor nos puede obtener este favor y ayuda de sentir profundamente la Pasión de Cristo que su Madre Santísima, de la que nos dice San Juan *que estaba junto a la Cruz* (Jn 19,25), dolorida y apenada? En la mesa en donde come un rey sólo suele sentarse la reina. Todos los demás caballeros y gentes de la casa real suelen comer en otro aposento. Pues pensad que en la mesa de la Cruz estaba sentado el rey, Jesucristo, y que los manjares que en ella se comían eran sus dolores, amarguras y sufrimientos; y junto a él la única que estaba era la Reina de los ángeles. Todos los demás caballeros, esto es, los apóstoles, comían en la mesa de otra cruz. En el juego del ajedrez, cuando se da mate al rey, los golpes resuenan sobre la tabla. Pues igualmente, siempre que se daba mate al rey, Jesucristo, los golpes de sus trabajos, fatigas y tormentos resonaban en la tabla que era la Santísima Reina de los ángeles, de tal manera que, como profetizó Jeremías, *su tribulación era grande como el mar* (Lm 2,13). Por otra parte, observaréis que los ríos entran en el mar con mucho ímpetu y fuerza, y si les preguntáis adonde van, os responderán que al mar en donde reposan, pues por dondequiera que pasan siempre van corriendo sin reposo alguno. ¡Oh vituperios y afrentas de Cristo! ¿Adónde vais? Y os responderán que al mar, que es María Santísima, porque en otra parte no hallan reposo. Si pasamos por el Templo de Jerusalén, rómpese el velo; si por el cielo, se oscurece el sol y pierdan su luz las estrellas; si por el mundo, todo son tinieblas; y si por la tierra, todo son temblores. Por eso nos vamos a embalsar y embeber en María, porque en ella hallamos reposo, y no en otra parte. Por un lado, porque ella era amorosísima, hasta el punto que le daba lástima y compasión un simple perro herido. Y por otro, porque siempre anduvo muy recogida y encerrada en su casa, de forma que nunca vió que coronaran con espinas a nadie, ni que le azotaran y crucificaran. El primero a quien vio martirizar de esta manera fue a su Hijo santísimo, y por eso lo sintió tanto. Así que, por ser una Madre tan tierna, y por ser aquélla la primera vez que veía atormentar a nadie de esta manera, le causó tanto dolor y sentimiento, que por eso decimos que los trabajos de su Hijo hallaron en ella reposo, pues le causaron un gran sentimiento; lo mismo que la paloma del diluvio no halló lugar donde reposar, porque por todas partes había agua. ¡Oh diluvio santísimo de la Pasión de Cristo, en el que la Santísima Paloma no halló

---

<sup>1</sup> *Obras y sermones*, vol. I, pp.481-487.

lugar donde reposar! Si miraba a la cabeza, la hallaba llena de espinas y abrojos; si a la boca, que tantas veces besó, la hallaba llena de hiel y vinagre; si a la cara, la veía toda cubierta de sangre y abofeteada; si acudía al pecho, lo encontraba abierto por la lanzada; y si a los pies y manos, hallábalos clavados. ¡Oh mansa Paloma! ¿No halláis donde reposar? Venid a nuestras almas llenas de sentimiento y de dolor, y descargad en ellas vuestras amarguras. Y para que con mayor liberalidad lo haga, supliquémoselo con humildad, poniendo las rodillas en el suelo y los corazones en el cielo, diciendo piadosamente: *Ave Maria*.

**2.-** *Nosotros tenemos una ley, y según la ley debe morir.* Estas palabras son como una sentencia definitiva que se dictó contra el Hijo omnipotentísimo del Padre eterno. *Nosotros tenemos una ley, y según la ley debe morir.* Si queremos considerar profundamente las cosas de este mundo, hallaremos que, desde el principio de la creación hasta ahora, el mundo ha sido gobernado con tres leyes. La primera ley con que se comenzó a gobernar, fue la ley de la naturaleza, que duró hasta Moisés. La segunda fue la ley escrita, que duró desde Moisés hasta la venida de Cristo. Y la tercera es la ley de la gracia, que durará hasta el fin del mundo.

**3.-** Pues cada una de estas leyes condenaron a Cristo a que muriera para lograr así la redención del género humano. En primer lugar, en la ley de la naturaleza hubo ya muchas señales por las cuales se mostraba claramente lo que acabo de indicar. Dice el Génesis que después que Dios hubo creado a Adán, se encontraba éste adormecido en un profundo sueño, y Dios le sacó una costilla de la que formó a nuestra madre Eva (cfr. Gn 2,21-22). Pues este hecho prefiguró ya misteriosamente la Pasión y muerte del Hijo de Dios. En efecto, estaba el segundo Adán, que es Cristo, sumido en el profundísimo sueño de su divinidad, y el Padre eterno sacó de él una costilla de merecimientos, y con ella fue formada la segunda Eva, que es la Madre de la gracia; y así como la primera Eva, al coger del fruto del árbol no sólo para sí, sino también para Adán, tendió una mano hacia el árbol y otra hacia Adán, formando como una cruz, con esto representó que el pecado había de pagarse en una cruz.

**4.-** Si pasamos más adelante, veremos que en el diluvio universal que recayó sobre el mundo, Dios mandó a Noé que hiciese un Arca con una ventana o puerta a un lado por donde entrasen los animales para librarse del diluvio. Esta Arca fue figura de la Santísima Humanidad de Jesucristo fabricada por el Espíritu Santo, embriagado de amor y caridad. Y la madera de la que la fabricó fue la purísima sangre de María, su Santísima Madre. Ahora bien, así como el Arca de Noé, durante el diluvio, iba de una parte a otra, y de un lugar a otro, así también la Santísima Humanidad de Cristo en el diluvio de su Pasión y muerte iba vadeando de casa de Anás a la de Caifás, de ésta a la de Pilatos y Herodes, y nunca se estaba quieta. Y así como en el Arca de Noé Dios mandó que se hiciese una puerta por donde entrasen los animales; así también en la Humanidad Santísima de Cristo se le abrió una puerta en un costado con una lanza, para que por allí entrasen los hombres y de esta manera de protegiesen de las aguas de las tentaciones y de los pecados del mundo <sup>2</sup>.

**5.-** Andando más abajo, hallaremos en el Génesis que Dios mandó a Abraham que le ofreciese un gran sacrificio de becerros, tórtolas y otras aves; y le ordenó

---

<sup>2</sup> San Luis cita en apoyo de los símbolos comentados en este párrafo a SAN AGUSTÍN, *La ciudad de Dios*, lib. 15, cap. 26; y SAN GREGORIO MAGNO, *Homilía 16 sobre Ezequiel*.

asimismo que las partes de los animales fuesen despedazadas, pero no las de las aves y tórtolas, que debían quedar enteras. Y dice el texto que Abraham se adormeció y luego se apoderó de él un pavor grande al ver que una antorcha de fuego pasaba de largo sobre los animales sin detenerse; y añade el texto: *Fue entonces cuando el Señor firmó alianza con Abraham* (Gn 15,9-18). ¡Ved qué altísimos misterios se encierran en este relato! Aquel sacrificio fue figura del que Cristo hizo sobre la Cruz. El partirse y despedazarse los animales significa que las partes de su humanidad habían de ser despedazadas con azotes, como los becerros; y las tórtolas son símbolo de su alma, que había de quedar entera, porque es indivisible y no se puede partir. El fuego representa su divinidad, que estaba en las sombras de la invisibilidad; y el hecho de que pasara adelante sin detenerse significa que ella no podía sentir los trabajos de la Pasión, porque es gloriosa y bienaventurada, y no podía sentir pena alguna. Por eso, cuando se puso el sol, Abraham se durmió y quedó despavorido al entrever que Dios había de padecer; y fue entonces cuando Dios hizo las paces con él. Con lo que se denota que, mediante ese santísimo sacrificio, se establecerían las paces entre Dios y el hombre. Este es el misterio aquí encerrado.

6.- Si seguimos más adelante, hallaremos en el Génesis que Isaac era muy rico y poseía muchos ganados y una gran hacienda: *Tuvo rebaños de ovejas y de ganados mayores, y muchísimos criados* (Gn 26,14). Y añade el texto: *Por lo cual, envidiosos de él los palestinos, cegaron por aquel tiempo todos los pozos que habían abierto los criados de su padre Abraham, llenándolos de tierra* (ibíd. 15). En suma, que se recomían de envidia porque era rico<sup>3</sup>

Toda esta familia de ángeles y de hombres, el Padre eterno la puso debajo de los pies de Cristo, y éste la amó tanto que la puso sobre su cabeza, por encima de toda potestad, fuerza y dominación (cfr. Ef 1,22). Y fijaos si esto es verdad, que cuando los sayones vinieron a prenderle en el huerto, les dijo: No toquéis a mis ovejas, no les hagáis nada a mis discípulos: *Dejad que éstos se marchen* (Jn 18,8). Decíamos antes que Isaac fue muy envidiado por los palestinos, porque lo veían muy rico y próspero en sus cosas. Pues igualmente este santísimo Isaac, Cristo, fue muy envidiado por estos otros palestinos, los fariseos y sátrapas, no porque él les hiciese ningún mal, sino porque les daba mucha envidia el ver que hacía tantos milagros, que curaba a los ciegos, que devolvía el habla a los mudos y que resucitaba a los muertos. A Israel le cerraron los pozos con tierra, y a Cristo le hicieron pozos en su santísimo cuerpo a fuerza de lanzadas y de gruesos clavos. A Isaac no le tocaron, pero a Cristo le martirizaron el cuerpo y luego lo mataron. En fin, como veis, en lo ocurrido a Isaac está retratado el misterio de la Pasión y muerte de Cristo.

7.- Siguiendo más adelante en el texto del Génesis hallamos otra figura. Andando Jacob, hijo de Isaac, por los montes, llegó al monte adonde Abraham llevó a sacrificar a su padre, que ahora se llama monte Calvario, y viniéndole un gran sueño, se puso tres piedras como cabecera. Y cuando se despertó no halló más que una, porque las tres se habían convertido en una. Dicen los doctores hebreos<sup>4</sup>, que estas tres piedras representan las Personas de la Santísima Trinidad; y que el hecho de que luego se

---

<sup>3</sup> Al llegar aquí, una nota marginal de los editores de 1688, dice: "Está truncado este discurso por hallarse cortado el original, por devoción". Véase nuestra *Introducción general* en la que explicamos cómo los originales de San Luis se los repartieron sus devotos como reliquias.

<sup>4</sup> En una nota marginal se lee: "Esta historia es una fábula de los rabinos, porque ni San Jerónimo, ni ninguno de los doctores antiguos y modernos la trae".

convirtieran en una significa que, aunque son tres Personas, sólo hay una divina esencia; y también, que una de las tres Personas debía encarnarse, y por eso Jacob, cuando despertó, exclamó: *Verdaderamente que el Señor habita en este lugar y yo no lo sabía* (Gn 28,16). Y allí vio una escalera por donde bajaban y subían los ángeles (ibíd.12). Pues, ¿cuál es la escalera por la que suben los hombres para hacerse ángeles por la gracia, y por dónde a su vez bajan los ángeles con las mercedes, dones y gracias que Dios nos envía, sino la Cruz, Pasión y muerte de Cristo?

5

**8.-** Pasemos adelante y veréis cómo también se prefiguró claramente este misterio de Cristo en la persona de José, cuando sus hermanos le pusieron una ropa blanca y lo metieron en un pozo seco, sin agua (cfr. Gn 37,24). ¡Oh Cristo, verdadero José! ¿De cuándo acá le faltó a ningún sentenciado una ropa con que cubrir sus carnes, y a vos, mi Dios, que cubristeis los cielos de estrellas, y que hermooseasteis los campos con flores, os falta un simple manto con que cubrir vuestras preciosísimas carnes? Por eso, una de las cosas que más sintió Cristo en la Cruz fue el verse desnudo, como dice el Salmo: *Todo el día tengo delante de mis ojos la ignominia, y está mi rostro cubierto de confusión* (Sal 43,16). ¡Virgen Santísima que estáis a sus pies!, ¿no veis...?

**9.-** Después de esta primera etapa, comenzó la segunda, que fue la etapa de la ley escrita. Esta se inicia con Moisés, al que su madre lo crió, escondiéndolo y guardándolo de los que le perseguían. Y cuando ya no pudo más, lo puso en una cestilla y lo echó al río, en donde hallándole los egipcios dijeron: *Este es un niño de los hebreos* (Ex 2,6). Más tarde llegó a ser uno de los grandes de Egipto. La madre de Moisés fue una clarísima figura de la Santísima Reina de los ángeles, la cual iba de un lugar a otro, protegiéndole del maldito Herodes, y de unos y de otros. Y cuando ya no pudo más, lo puso en el canastillo de la Cruz y lo arrojó al río de tantos sufrimientos y tormentos, conformándose así con la voluntad del Padre eterno, que así lo quería. Y de la misma manera que afirmamos que Dios quiso y permitió que padeciese, lo mismo podemos decir de ella, porque quiso que muriese y para ello le dio la carne con que pudiese morir y sentir las penas y los tormentos de la Pasión, pues Dios, en cuanto tal, no puede morir, ni sentir pena ni dolor, y fue ella la que lo puso en el mar y la corriente de tantos trabajos. Por eso salió luego la sinagoga diciendo: *Si eres Hijo de Dios, baja de la Cruz* (Mt 27,40). Y después de tantos trabajos y fatigas, llegó a ser capitán en Egipto, esto es, capitán del cielo y de la tierra. Por todo lo dicho entenderéis, hermanos, por qué afirmamos que Moisés fue figura de la Pasión de Cristo.

**10.-** Este misterio de Cristo fue prefigurado más tarde por el real profeta David, quien, tañendo con su arpa, echaba los demonios del cuerpo de Saúl (cfr. 1 R 16,23). Pues Cristo es el verdadero David que está en la Cruz tañendo el arpa. Las clavijas son los durísimos clavos; las cuerdas sus santísimas manos y pies; y en esa posición echa a los demonios fuera, según aquella sentencia de San Juan: *Ahora va a ser expulsado el príncipe de este mundo* (Jn 12,31). ¡Que salgan los demonios con esta música suave!... También se profetizó la Pasión de Cristo en la figura del santo profeta Jonás que, estando muy a gusto en la nave, de pronto se levantó una gran borrasca y tempestad en el mar, y al darse cuenta dijo: *Echadme al mar y luego cesará la tempestad, pues yo sé muy bien que por mi causa os ha sobrevenido esta gran borrasca* (Jon 1,12). Pues Cristo, el Verbo divino, la segunda Persona de la Trinidad, es el verdadero Jonás que, estando durmiendo en el sueño de su divinidad y eternidad, se desencadenó luego una

---

<sup>5</sup> Los editores de 1688 anotan de nuevo: "Aquí corresponde otra hoja cortada del original".

fuerte borrasca y tempestad en el mar de este mundo. Adán comenzó a pecar por querer ser tan sabio como Dios: *Seréis como dioses, conocedores del bien y del mal* (Gn 3,5). Y viendo esto el Hijo de Dios, que es la sabiduría eterna, le dijo al Padre: *Echadme al mar porque por mi causa ha sobrevenido esta gran borrasca*. Como si le dijera: Padre eterno, echadme en el mar de este mundo, en donde padezca pasión y muerte, pues mira que por mí se ha levantado esta tempestad, al querer los hombres poseer la misma sabiduría que yo soy. Echadme, pues, allá, que luego cesará la tempestad... Podríamos seguir discurriendo por los demás profetas de la etapa de la ley escrita, porque todos ellos son figuras de la muerte de Cristo. Y por eso los fariseos dijeron: *Nosotros tenemos una ley, y según esa ley debe morir*. Esto es: Tenemos muchas figuras, muchas profecías y muchas leyes según las cuales conviene que muera el Hijo de Dios. Y esta ley escrita duró hasta la venida de Cristo.

**11.-** Llegó luego la ley de la gracia, que es la postrera hasta el fin del mundo. Pues bien, en esta etapa de la ley, también condenaron a Cristo en el maldito cabildo, ayuntamiento o consejo que hicieron los fariseos. Y aunque ellos lo decidieron con mala voluntad y movidos por un mal fin, sin embargo su decisión fue una cosa santa, porque así lo tenía previsto Dios, como lo atestigua San Juan al afirmar que Caifás hablaba movido por el Espíritu Santo (cfr. Jn 11,51) y que esta sentencia estaba decretada en el consistorio de la Santísima Trinidad. También es ley de la gracia, por lo que dijo el propio Cristo: *Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida* (Jn 6,55). Como si dijera: Vengo al mundo para concertar una solemne comida y un espléndido banquete, al cual he invitado a todos los hombres. Ahora bien, en estas ocasiones, suele ofrecerse a los convidados de postre algún pastel o empanada procedente de un buen animal, como de un cerdo montés, o de algún tierno corzo, ciervo o de algún buen venado; pero bien sabéis que éste tiene mejor sabor cuanto más acosado, corrido, cansado y mordido ha sido por los lebreles. Pues bien, vino Cristo al final de las etapas anteriores para ofrecer un banquete, y puesto que en ellas había ofrecido otros manjares, beneficios y mercedes, ahora viene como en el momento del postre a darles la empanada del Verbo divino, que era aquel Verbo velocísimo que había dejado a tantos profetas atrás, como dice el Cantar de los Cantares: *¡La voz de mi amado! Vedle cómo viene saltando por los montes y brincando por los collados* (Ct 2,8). Es decir, que venía corriendo y saltando por los montes y collados, herido por la saeta del amor, por llegar a la fuente en donde pudiera beber, que eran las entrañas de la Sacratísima Señora de los ángeles. Pues este divino y maravilloso corzo se nos da en la empanada de la Hostia consagrada, recubierto con la cobertura de los accidentes del pan; pero para que nos diese más sabor y gusto, quiso ser acosado y corrido por los perros, representados aquí por los malditos fariseos. Ya veis cuántas corridas le obligaron a hacer en una sola noche, sin dejarle parar: ahora del huerto a casa de Anás, luego a la de Caifás, y a continuación al pretorio de Pilato. Además no paró en toda la noche de recibir en una parte bofetones, en otra pescozones; aquí cañadas, más allá azotes y empujones; y finalmente lo mordieron y acocearon por entero, como hacen los perros cuando corren tras el venado entre espinas y abrojos, pero sin comer ellos la caza, sino el cazador. Pues esto es lo que hicieron con Cristo estos malditos perros de los fariseos, que se cansaron y fatigaron, saltando entre las espinas y abrojos de sus vicios y pecados, pero no mataron la caza, no se la comieron, sino que la dejaron para los cazadores, que somos los cristianos. Ellos, malaventurados, no la comieron y se quedaron cansados, como dice el Sabio: *Nos hemos fatigado en seguir la carrera de la iniquidad y de la perdición* (Sb 5,7).

**12.-** Esta divina empanada produce dulzura a los que debidamente la comen, porque estaba hecha con carne muerta, corrida, cansada, mordida y acoceada. Y puesto que los venados comúnmente están fuera de las ciudades, por los montes y collados, así estos malditos perros carniceros se fueron a cazar al divino corzo en el huerto de Getsemaní. Y para mejor hallarlo se trajeron a un perro de muestra, esto es, al maldito Judas, el cual, como conocía muy bien la vida de su Maestro, sabía dónde lo hallaría, a saber: en el huerto orando. E incluso les dio la señal con la que reconocerían al venado, para que cuando ladrase él, se echaran sobre la pieza los alanos hambrientos. Y la señal que les dio fue ésta: *Al que besare, ése es; prendedlo* (Mt 26,48).

**13.-** Ahora bien, estando el Señor en el huerto sumido en profundísima oración, se desató en él una batalla campal entre el amor y el temor. Por una parte, en cuanto hombre, sentía temor ante la muerte, porque su carne se resistía a morir. Pero por otra, el gran amor que tenía de morir por nosotros se oponía de tal manera al temor, que al final el amor venció a éste y lo echó fuera. Como dice San Juan: *La perfecta caridad echa fuera el temor* (1 Jn 4,18). Y acabada esta agonía y sufrimiento, vino a sudar sangre; de suerte que si antes derramaba lágrimas por sus ojos, después pasó a derramar sangre por todo su cuerpo (cfr. Lc 22,44). Una vez terminada su oración y echado fuera el temor, Cristo se levanta con dificultad y se dirige a sus discípulos. Pero para que no le viesen ensangrentado, se limpió aquel rostro de ángeles con su misma ropa. ¡Considerad qué aspereza sentiría en su dulcísima cara y qué amargura debió experimentar!... Hermanos, ¿qué corazón habrá que no se derrita en sangre y en lágrimas de dolor con sólo oírlo contar? ¿Qué alma habrá que no se sienta anegada en un mar de amargura?

**14.-** Viendo este divino corzo que los dragones hambrientos le acechaban, comenzó a caminar hacia ellos, y llegó primero al excomulgado y sacrílego Judas, el cual le dio un beso de paz, cuando en realidad era una declaración de guerra. Entonces el Señor preguntó: *¿A quién buscáis? Respondieron ellos: A Jesús el nazareno. Y díjoles él: Yo soy* (Jn 18,4-5). Y añade el evangelista que, en cuanto oyeron esto, todos se echaron hacia atrás y cayeron al suelo. Y esto se repitió por tres veces. Finalmente, cuando el Señor fue servido de darles licencia, arremetieron contra él como leones feroces, y comenzaron a agarrotarlo y a echarle una cadena o soga a su sacratísima garganta. ¡Contemplad aquí, hermanos, atado y amarrado al que da libertad a los cielos y a la tierra! Y, como digo, le echaron una soga a la garganta. ¡Oh divino respiradero de nuestras almas! Si vos no respiráis, quedaremos todos ahogados sin la gracia y la virtud, pues como sois nuestra cabeza, si a ésta le falta la virtud, también le faltará a los miembros.

**15.-** Una vez que hubieron prendido al Verbo divino, comenzaron a propinarle toda clase de golpes, de bofetones y pescozones. Su santísima cabeza quedó cubierta por todas partes de puchas y espinas, sin que hubiera lugar para punzarle más. ¡Oh ángeles!, ¡oh cielos!, ¿cómo no os rasgáis? ¡Oh tierra!, ¿cómo no te abres? Aires y animales todos, ¿cómo no bramáis al ver una maldad tan diabólica y luciferina? ¡Quién viera a aquel mansísimo cordero, que con tanta mansedumbre y paciencia lo recibía todo sin proferir palabra! Lo único que dijo fue: *Como a un ladrón habéis salido a prenderme, con espadas y palos, cuando diariamente enseñaba sentado en el Templo y no me prendisteis* (Mt 26,55). Como si preguntara: ¿Salís a prenderme con espadas y palos como si yo fuera un robador y salteador de caminos?... Pero, ¡redentor de mi alma!, ¿acaso no sois robador y ladrón, pues robáis los pecados de los demás y os los apropiáis? Si esto es así, justo es que pague el hurto quien lo ha cometido; y puesto que

vos os convertís en encubridor y amigo de los pecadores, justo es que paguéis la pena por ellos y que seáis castigado en lugar de ellos. Y llegados aquí ved cómo lo llevan arrastrando por todas partes y atropellándolo. Y como el dulcísimo Señor iba descalzo por aquellos montes y valles, considerad cómo le correrían por los pies fuentes de sangre a causa de las agudos espinos que le atravesarían el alma. ¡Oh Alma de mi alma! ¡Oh Vida de mi vida! ¡Quién pudiese, mi Dios, lavaros vuestros dulcísimos pies con corrientes de lágrimas y limpiároslos! ¡Oh Santa Magdalena!, ¿adónde están vuestros rubios cabellos? ¿Dónde vuestro unguento para ungir los pies el Señor? Y considerad también cómo al pasar por el torrente Cedrón le dieron puñetazos y le hicieron caer de bruces en mitad del agua. ¿Qué escozor y amargura no sentiría estando tan llagado?... Pues de allí se dirigen hacia Jerusalén y, en llegando,...<sup>6</sup>

---

<sup>6</sup> En una nota marginal leemos: "El resto de esta historia complétalo con la narración que hacen los Evangelios". A continuación, los editores de 1688 transcriben un breve texto, de media página, bajo el título *Otra introducción para el Sermón de la Pasión*.